

fuerzo por salvarse de la cogulla y del sable, trae consigo gravísimos males, guerras sin cuento, asolamientos, matanzas, la lluvia de sangre que ha fecundado desgraciadamente todos los progresos. Pero el triunfo de los partidos liberales en tantos y tan diversos países de la hermosa América, significa que allí se siente este gran deseo de regeneración y de progreso.

Y ¿a qué ha ido Europa á América? Ha ido á contener este progreso; ha ido á levantar una monarquía en el suelo destinado á la República; ha ido á viciar un grande movimiento social. ¿Y cuáles son las consecuencias de esta conducta? Tremendamente tristes para los mismos que la han seguido. La Union liberal en España, efecto de este problema en México, terrible, gravísimo, se encuentra desordenada, rota, en vísperas de su muerte. El imperio francés ha visto sus tropas diezmadas, su tesoro consumido, su gloria eclipsada, rotas sus armas en Puebla, nublada su estrella; y hoy mismo, mal seguro de su poder, no acierta á dar un paso por miedo á que una derrota ruidosa quebrante su cetro, que sólo, sólo puede sostenerse, cuando está dorado por el sol de la victoria. La grande injusticia ha encontrado grandes y tremendos castigos. La intervencion en México, como la intervencion en España en 1823, como la intervencion en Portugal en 1847, como la intervencion en Roma en 1849, como todas las intervenciones, ha sido funesta para los mismos que la han consumado. Así nos demuestra la historia contemporánea que los principios democráticos son justos, y como justos, útiles á los gobiernos y á los pueblos.

—Hé aquí como ha juzgado la España el discurso de Mon:

«Concluyó ayer en el congreso el Sr. Mon la apología que de los actos del gobierno francés y de sus agentes en México acometió su señoría en la sesión del día anterior. El resumen del discurso del Sr. Mon en los dos días que ha ocupado la tribuna, es el siguiente: de parte del gobierno francés todo ha sido franqueza, abandono, miramientos y deferencia para España: de parte del gobierno español ha estado la desconfianza, la duplicidad y la ingratitud. Si Mr. Billault tuviese que hacer en el cuerpo legislativo algun nuevo discurso defendiendo la política imperial, en el del Sr. Mon encontrará abundantes materiales con que levantar su obra. El Sr. Mon fué mucho mas allá de lo que ha ido y podrá ir Mr. Billault: este no só-

lo se abstuvo cuando habló en el cuerpo legislativo de combatir á Inglaterra, sino que la trató con gran mesura y cortesía; el Sr. Mon, por el contrario, manifestó ayer cierta fruicion en recordar los perjuicios y daños que la política británica nos ha causado en América, dejando así completo el cuadro, ó mas bien, sembrada la idea de que la alianza francesa es mas conveniente y provechosa para España que la inglesa. No es la ocasion presente la mas propicia para desenvolver este tema, ni tampoco tenemos espacio para tratar de los bienes y males que hemos sacado de nuestras alianzas, unas veces con Francia y otras con Inglaterra; pero por doloroso que sea confesarlo, la imparcialidad exige decir que al ayudar los ingleses con toda clase de medios á la emancipacion de nuestras colonias de Ultramar, no hicieron mas que seguir el camino que desatentadamente les habia enseñado Carlos III aliándose con los franceses para favorecer la insurreccion de las colonias británicas. Aquella funesta imprevision no podia menos que producir desastrosos resultados para la paz de nuestras posesiones ultramarinas, y si con efecto los produjo, debemos ser imparciales y francos, y ántes de acusar á los demas, acusarnos á nosotros mismos.

No se borrará en mucho tiempo de nuestra mente la tristísima opinion que nos ha dejado el Sr. Mon, con tanto mas motivo, cuanto tememos que las consecuencias sean desfavorables para nuestra patria. El discurso del Sr. Mon será muy leído en el extranjero, no hay que dudar, porque los franceses se apresurarán á traducirlo y circularlo por todas partes; y cuando se vea que en pleno parlamento, y á la faz de la nacion, ha habido un español que con tanto calor y hasta acrimonia ha vituperado la conducta de su gobierno, ensalzando al propio tiempo la del de Francia, los extranjeros dirán con visos de razon, que deben haber sido muy poderosas las del Sr. Mon para atreverse á tanto. Su señoría podrá reirse muy á su sabor de la calificación de *afrancesado*; de la pureza de sus intenciones no abrigamos la menor duda; ántes al contrario, las creemos sinceras y patrióticas; pero al fin y al cabo todo el mundo le juzgará por sus obras, y lo que de ellas resulta, no lo consideramos muy favorable.

Así como en el primer discurso del Sr. Mon campearon los hechos, en el de ayer dominó la doctrina. Se conoce que su señoría, á pesar de no contar muchos años

de carrera diplomática, tiene á Watel en la uña, según vulgarmente se dice. Que los plenipotenciarios á quienes está confiada la ejecucion de un tratado, no tienen derecho para romperlo, es cosa tan trivial, que no habia necesidad de mencionarla; los cargos que su señoría hizo con este motivo, dirigiéndolos rectamente al plenipotenciario español, caen sobre la cabeza de los plenipotenciarios franceses, á quienes se debe exclusivamente el rompimiento de Orizaba, según resulta de la acta de la conferencia y de las comunicaciones del vice-almirante Jurien de la Gravière. Para el Sr. Mon la presencia de Almonte con su investidura francesa y sus proyectos de monarquía á favor del archiduque Maximiliano, nada significa; el general Prim debió prescindir de semejantes puerilidades y llevando adelante la empresa, seguir haciendo el negocio de los franceses.

No sabemos si merece tomarse con seriedad lo demas que dijo con respecto á la conducta militar que debió observar el general Prim despues del rompimiento de Orizaba. A juicio de su señoría, las tropas españolas hubieran hecho bien en quedarse en sus acantonamientos. No siendo militar el Sr. Mon, pudiera calificarse de presuntuoso su entrometimiento en estas materias; sin embargo, puesto que no ha titubeado en tratarlas, le preguntaremos sencillamente: Una vez declarada la guerra por los franceses, ¿qué papel representaban allí nuestros soldados? ¿Se les consideraria como beligerantes ó como neutrales? En el primer caso, el rompimiento era un contrasentido, y en el segundo, faltaba que los mexicanos se hubiesen conformado con la neutralidad. Además, el mismo camino que debia servir á los franceses para mantener sus comunicaciones con Veracruz y recibir refuerzos y víveres, debian emplearlos nuestros soldados para el propio objeto, y hubiera sido curioso ver cómo los mexicanos hostilizaban los convoyes franceses y respetaban los nuestros. El Sr. Mon no ha pensado sin duda en estas y otras dificultades por el estilo, pues á pensarlas, no hubiera sentido proposicion tan absoluta. Del mismo peso y poderío fueron los demas argumentos que empleó.

Con mesura, circunspeccion y dignidad se hizo cargo el señor ministro de Estado de las aserciones que en el discurso del Sr. Mon se rozaban con la política extranjera. El Sr. Calderon Collantes calificó con seriedad ese nuevo procedimiento de de-

fensa, que consiste en publicar documentos y cartas íntimas que no debian ver la luz pública. Y pasando en seguida al examen de los principales incidentes de la cuestion de México, repitió con respecto á lo salida de la expedicion lo que se ha dicho en reiteradas ocasiones, tanto de palabra como por escrito. ¿A qué resucitar asuntos que diplomáticamente están ya terminados?

Llegamos al punto de la célebre carta en que el Sr. Mon daba cuenta al señor ministro de Estado de las manifestaciones de M. Thouvenel y de los deseos de S. M. el emperador de los franceses acerca de la ereccion de un trono en México, que deberia ser ocupado por el archiduque Maximiliano, y ántes de pasar adelante, seanos permitido dejar consignada la ligereza con que los franceses echaron á volar sus proyectos de monarquía. Hace más de un año que los aliados desembarcaron en México; treinta mil franceses apoyan hoy los pensamientos de Almonte, y sin embargo, los monárquicos mexicanos no dan señales de vida. ¿Para cuándo guardan la manifestacion de sus sentimientos?

El Sr. Calderon Collantes recibió oportunamente la carta particular del Sr. Mon, y no dando á su contenido mas valor que el de una indicacion para su gobierno, la guardó esperando que si entraba en las miras del gobierno imperial llevar adelante el pensamiento, se harian las debidas comunicaciones oficiales. No juzgó mal el Sr. ministro de Estado, pues tanto del discurso pronunciado en el cuerpo legislativo por M. Billault, como de las últimas manifestaciones de M. Thouvenel, consta clara y precisamente que el emperador no tuvo nunca más propósito que el de espresar su deseo para cuando llegase el caso, si llegaba, de que los mexicanos, en el ejercicio de su plena libertad, optasen por la forma monárquica. Sin embargo, deseando el Sr. Calderon Collantes aclarar este punto, encargó al Sr. Mon preguntase á M. Thouvenel si entraba en sus miras hacer de la candidatura del archiduque una proposicion formal. El Sr. Mon contestó que haria la pregunta en primera oportunidad, la cual no llegó á presentarse. A esto ha quedado reducido el tan cacareado incidente de la *carta particular* del Sr. Mon, resultando, por último, que el gobierno de S. M. ha procedido en todo con lealtad suma y con la cordura que aconsejaba la gravedad del caso.

Lo mismo ha sucedido en cuanto á la publicacion, ó mejor dicho, á la supresion



de algunos documentos: el Sr. Mon se había quejado de que el gobierno había suscitado a la publicidad varios despachos de interés, y el señor Calderon Collantes dejó perfectamente demostrado que si en realidad se ha omitido la presentación de dos documentos, se tomó esta determinación por consejo del Sr. Mon, á quien se le sometieron, habiendo sido de parecer despues de maduro exámen que no era conveniente su publicidad. Este género de debates es triste, y por eso nos limitamos á manifestar que el señor ministro de Estado dejó bien sentada su reputación de hombre sincero y veraz.

La enmienda fué desechada en votación nominal por 150 votos contra 73. Los nuevos disidentes se abstuvieron de votar. Sin duda han querido amortiguar con su silencio de ahora el ruido de sus dimisiones.

En la *España* encontramos las líneas siguientes:

«El señor D. Juan Miguel de Lozada ha publicado un folleto curioso titulado *La cuestion de México*, del cual tomamos el siguiente retrato del *conservador* y con secuencia general Almonte, aliado hoy de los franceses, y jefe que pretende ser del partido monárquico mexicano.

Según el Sr. Lozada, en 1849 el Sr. Almonte era presidente de la junta nacional de festejos para solemnizar el aniversario de los mártires de la independencia: era jefe de los puros y se oponía á la aparición de un periódico conservador. Despues formó él un periódico para sostener su candidatura á la presidencia, y su programa era diametralmente opuesto á las doctrinas que sostiene hoy. Despues sirvió á todos los partidos, á Santa-Anna, Carrera, D. Juan Alvarez, Comonfort, Zuñiga, Miramon, y hoy ha regresado á México á la sombra de las águilas francesas, de la mano con el padre Miranda. De este hecho deduce el Sr. Lozada que Almonte se ha convertido á la buena causa, y lo aplaude.

Lo malo será si Almonte halla otra causa mejor y se convierte nuevamente, lo que dados sus antecedentes y filiación es de esperar que así sea.

—Hablando del discurso de Rios Rosas dice la *Discusion*:

«Maltrató el Sr. Rios Rosas á Juarez: el día que España devorada por discordias intestinas, acechada por extranjeros ambiciosos, acosada por hipócritas codiciosos que hacen á sus países cómplices de sus rapiñas; el día que á tal desdicha lle-

gase España y encontrase un Juarez, bien podía exclamar con gozo que había entrado en el primer período de regeneración.

Cualesquiera que sean los agravios que en México hayamos recibido, es lo cierto que hoy á México se le pide mucho mas que la reparación de agravios; se le pide no la bolsa ó la vida, sino la honra y la vida á un tiempo: Juarez defiende á su patria: ¡gloria á su nombre!

¿Qué hace hoy Bonaparte en México? Convencer á Europa de que ni Juarez es un bandido, ni México una nación que por diosa dinastías. En aquel suelo, donde tantos gloriosos recuerdos guarda España, reúnen los mexicanos materiales preciosos para otro glorioso monumento, para un ancho cementerio de soldados bonapartistas.»

La *Epoca*, que sigue más y más afrancesada que nunca, ha publicado el artículo siguiente:

«El Congreso Mexicano publica un manifiesto dirigido á la Nación en las críticas circunstancias que atraviesa, excitando á la unión entre todos los mexicanos para resistir á la invasión francesa, que suponen ha ido á aquellas comarcas, no á obtener reparación de agravios, no á destruir la dictadura de Juarez, no á influir para el restablecimiento de un gobierno regular y estable, sino á constituir una colonia francesa, que sea como el principio de otras dominaciones europeas en el Nuevo Continente.

Con este motivo, los firmantes de este manifiesto hacen una apelación á los demás Estados americanos, que suponen amenazados igualmente, y en la necesidad, por lo mismo, de resistir á la invasión que, en su concepto, no sólo se dirige á México, sino á todo aquel Continente.

Compréndese que en la debilidad crónica que amenaza al partido que manda en México, y viéndose próximo á sucumbir para dar lugar á la manifestación pacífica de la voluntad del verdadero pueblo mexicano, Juarez y comparsa quieran considerarlo como una causa continental su pobre causa, recuerdan la doctrina de Monroe que quería excluir en todo la acción de Europa en América, y excitan á todos los demás Estados del Norte y demás repúblicas del continente á declarar la guerra á la Francia. ¿Para qué? Para salvar de su agonía al Sr. D. Benito Juarez, ese dictador de frac negro que, sin querer, nos recuerda la grotesca soberanía del emperador Soulouque en Santo Domingo.

En este manifiesto, que suscribe en pri-

mer término el conocido mexicano Sr. Gonzalez Echevarría, tío del Sr. Conde de Reus, se hacen grandes elogios de Inglaterra y de la España, diciéndose que el general que mandaba la expedición española ha hecho un inmenso servicio á México con la conducta que ha observado. El Sr. Gonzalez Echevarría y demás firmantes del manifiesto no necesitan esforzarse mucho para que nosotros lo creamos de esta manera; lo que no creemos es que el general español haya prestado igual servicio á su patria, que con este objeto, y á costa de dolorosos sacrificios, lo había enviado á aquellas lejanas tierras. Los mexicanos, en efecto, Juarez en primer término, tienen mucho que agradecer al Sr. Conde de Reus; pero á los españoles nos sobran los motivos para dirigirle severas censuras por la conducta que ha observado en esta desdichada expedición.

En otro lugar de este número se hallarán los lectores el documento que, á la ligera, acabamos de reseñar.

Del mismo diario son las noticias que siguen:

«Se confirma la noticia de los nuevos refuerzos de tropas que la Francia envía á México. Entre estas tropas se cita un regimiento que está actualmente en Orán, destacamentos de caballería y un regimiento de la guarnición de Roma.

Estas fuerzas componen un total de unos cuatrocientos hombres de infantería y seiscientos caballos, y llegarán á México para la buena estación.

Según noticias de México, el general de brigada Neigre, había salido de Veracruz el 22 de Noviembre para Orizaba, donde estaba el general Forey, y había tomado el mando de las tropas llegadas por el navío de vapor «Souverain» las fragatas de vapor «Wauban» y «Gomer», y por los trasportes de vapor «Ariège», «Aube», «Ardeche», «Séres», y «Moselle», el general de división Bazaine quedaba en Veracruz para organizarlo todo, y desplegaba la mayor actividad.»

Hé aquí la felicitación dirigida á Prim, por los electores de Barcelona, y la respuesta que les dió el general:

«Excmo. Sr. D. Juan Prim, conde de Reus.—El elevado patriótico discurso pronunciado por V. E. en las sesiones de los días 9, 10 y 11 del corriente mes, en la alta cámara legislativa, ha hallado un entusiasta eco en los corazones decididamente españoles, y ardentemente catalanes, de los abajo firmados, electores y vecinos del distrito tercero electoral de la

ciudad de Barcelona; y sentimos un noble y patriótico orgullo porque en las inspiradas palabras de V. E. hemos visto formulados los sentimientos del más puro españolismo que animan á este distrito electoral, tantas veces representada dignamente por V. E. en el congreso de diputados.

El distrito tercero electoral de la ciudad de Barcelona quiere y desea la paz, porque á su sombra vive el trabajo, prospera la industria y el comercio, se fomenta la agricultura, se desarrollan las ciencias y artes, y corren prósperamente todas las fuentes de la riqueza pública; pero si en el libro de los destinos que la Providencia tiene reservados á nuestra querida patria, se halla escrito que de nuevo tengan que darse al aire las campanas de Zaragoza y Bailen, no vacilaremos en repetir la heroica decisión de nuestros padres, que ántes de humillar la servidumbre al yugo extranjero, prefieren sepultarse entre las gloriosas ruinas de Tarragona y de Gerona, despues de haber sido los primeros que en los inmortales peñascos de Bruch revolcaron por el polvo las águilas que el primer imperio había paseado triunfante por toda Europa.

Barcelona, 24 de Diciembre de 1862.— Siguen ochocientos noventa y cinco firmas.»

«Contestacion.—Señores electores del tercer distrito de la ciudad de Barcelona.—Nada mas grato á mi corazón que las felicitaciones de mis paisanos por los actos de mi vida pública; la que me dirigís ahora por el discurso que he tenido la honra de pronunciar en el alto cuerpo colegislador, la agradezco con toda mi alma, pero no me sorprende, pues seguro estaba que mi débil peroración encontraría eco en vuestro acendrado patriotismo.

Es muy cierto que la paz es una fuente inagotable de prosperidad y engrandecimiento para las naciones, y que debemos procurar conservar con la lealtad, la hidalguía y dignidad de que con tanta justicia blasona el pueblo español. Hago votos al cielo porque no se altere; pero si desgraciadamente no fuese así, si la Providencia en sus impenetrables designios nos tuviese reservada otra prueba más, ya sé yo que los leales y decididos catalanes no nos haríamos esperar de las demás provincias, para colocar el pendon de España tan alto como lo pusieron nuestros padres.

Madrid, 30 de Diciembre de 1862.—  
El conde de Reus.»

La carta siguiente fué dirigida al director del *Diario de Barcelona*, por el



obispo de S. Luis, residente en aquella ciudad:

"Señor director: Entre los despachos telegráficos publicados el viernes 25 de Octubre en vuestro diario, encuentro uno concebido en estos términos: "Segun las noticias de México, los arzobispos de Guanajuato, Lérida y San Luis, han escrito al general Forey, ofreciéndole el apoyo de su clero contra Juárez."

Aunque estas noticias son falsas, no dejarán llegando á México, de producir una recrudescencia en la persecucion contra el clero. Por esta razon no puede dejar de contradecirlas. El inventor de esas noticias no conoce ciertamente á México, por esto sin duda no les ha sabido dar una apariencia de verdad.

En la República mexicana, no hay más que un sólo arzobispo, el de México, de donde se infiere que los tres arzobispados citados arriba, no existen. Guanajuato jamás ha sido ciudad episcopal ni hay obispado que lleve ese nombre. En todo el territorio mexicano, no se halla una localidad que lleve el nombre de Lérida. Existe un obispado bajo el nombre de S. Luis de Potosí, y yo soy el obispo de aquella diócesis. Si me hallo fuera de mi residencia episcopal, es porque he sido desterrado de mi patria sin motivo, lo mismo que todos los prelados mexicanos. En Europa, donde residido desde hace año y medio, no me he ocupado de los negocios políticos de mi país, y es falso que haya yo escrito carta alguna al general Forey. Rechazo, pues, la calumniosa asercion de quien por medio de semejantes noticias, trata acaso de hacer más dura todavía la persecucion del clero mexicano."

Al publicar el *Sécle* de Paris este documento, dice: esta carta merece fijar la atencion del público y de todos los hombres imparciales, no sólo como un mentís á la noticia sobre la pretendida carta escrita al general Forey, sino como un síntoma del espíritu que anima á los mismos miembros del partido conservador ó reaccionario, que se encuentran desterrados de la patria á consecuencia de la revolucion.

#### LA CUESTION MEXICANA EN EL SENADO.

El sexto párrafo del proyecto de contestacion al discurso de la corona, estaba concebido en estos términos:

"Indudablemente entre las tres expediciones lejanas, seguidas por los votos del

país y que contempla con esperanza el porvenir de la civilizacion, la de México ha sido objeto de ansiosa perplegidad desde el momento de la retirada de las dos potencias, nuestras auxiliares. Hoy no queda más que avanzar y fiarnos en nuestras heroicas tropas de tierra y mar. Cuando la bandera está enfrente del enemigo, cuando nuestros valientes soldados vuelven sus ojos al apoyo de la patria, no hay otra política para un cuerpo deliberante que enviarle los testimonios de su admiracion."

Este galimatías dió motivo el 29 de Enero á una discusion digna de él, y que resume así el extracto oficial de la sesion:

El Sr. marqués de Boissy: Tomo la palabra porque creo que no hay ningun mal en que haya una discusion de una ó dos horas sobre el proyecto de contestacion. (*Risas*.) Apruebo sin reserva los términos y el espíritu del proyecto. No haré más que una observacion acerca del párrafo sexto, y es que la comision se ha mostiado demasiado cortés; que ha ocultado su pensamiento bajo expresiones que no lo expresan completamente, y que chocarán al espíritu nacional en Francia. La comision habla de la *retirada* de las dos potencias nuestras auxiliares en México. Pues bien! Esta expresion de retirada es una inexactitud. Lo que hubo fué desercion al frente del enemigo, lo que hubo fué traicion de parte de una de las potencias aliadas (*murmillos*), y señores, esta traicion ha sido tal, que cuando se obtuvo del general español, no sé bien por qué medios, que nos abandonara, que nos traicionara, la Inglaterra temia de tal modo que el valiente ejército español se negara á seguir á su jefe en su defeccion, que ofreció sus buques para transportar á Cuba á los soldados españoles.

La expresion empleada es, pues, inexacta. Yo protesto contra ella, no será aprobada en Francia, ni podrá ser explicada. Es cierto que hubo traicion, porque la Inglaterra esperaba que sufriríamos á consecuencia de su conducta, una gran pérdida de hombres y dinero. Y para aprovecharse de ella, preparaba sus famosos medios de defensa, que no son en realidad más que medios de ataque. Su objeto ha sido el mismo en todo tiempo. Acordaos de 1814 y de 1815, y consultad á Mr. Thiers. Ha subsistido siempre entre nuestros vecinos la opinion de que la Francia y la Inglaterra son dos potencias que no pueden coexistir. (*Risas y murmullos*). Si soy ridículo se reirán de mí; si me equivoco, se me contestará; pero no creo equivocarme. La Inglaterra ha tra-

bajado siempre para que nos debilitemos: de aquí proviene su última traicion. Hé aquí por qué encuentro la expresion de la comision inexacta y demasiado cortés.

Entre esos medios de ataque que prepara la Inglaterra, ha habido uno que celebró con todo mi corazón, y es la institucion de los voluntarios. ¿Por qué? Porque es un medio revolucionario. Se dice que los ingleses respetan la ley. No, respetan á los dragones. Cuando la instrucion de los voluntarios haya habituado á todo el mundo al manejo de las armas, el pueblo dejará de tener miedo á los dragones y ya veremos en qué para entonces la ley.

Detesto la revolucion, pero la amo y la deseo en Inglaterra. (*Risas*). Si la Inglaterra favorece la revolucion en todas partes, es porque no la teme en su casa. Gracias á los voluntarios, la tendrá en breve, y este será para mí un dia de felicidad. (*Risas*).

El Sr. general Husson: La expedicion de México es un negocio considerable de que fuertemente se preocupan los ánimos no sólo en las altas regiones. En la masa del pueblo todos se preguntan la causa de la guerra, y si ella justifica los gastos y los sacrificios que nos acarrea, sacrificios considerables sin duda, pero que se han exagerado mucho en una parte del público. Para contestar á la ansiedad que se ha manifestado, para dar algunas explicaciones á este respecto, y para afirmar mi aprobacion de la conducta del gobierno, es para lo que he pedido la palabra.

Deploro los gastos á que estamos obligados, siento los sufrimientos de nuestro valiente ejército bajo esa bandera gloriosa y brillante imagen de la patria, que lleva con tanta altivez. .... (*aprobacion*) pero una gran nacion tiene á veces tristes necesidades que sufrir por interés de su honor y de su poder.

¿Qué es lo que ha pasado en México? Allí se han desconocido los tratados, se ha insultado y encarcelado á nuestros nacionales, estos han sido objeto de numerosos despojos, y no se han castigado las violencias cometidas contra ellos. Semejante conducta imponia al gobierno el deber de hacer oír la voz de la Francia, la voz del emperador. En México se habia agotado la longanimidad, y llegó el tiempo de dar pruebas de vigor y de resolucion.

La España y la Inglaterra quisieron hacer causa comun con nosotros, pero lo confieso, esta triple alianza no me inspiró desde el principio sino muy mediana confianza..... Tal vez obra en mí la obstina-

da conviccion de antiguo prisionero de los pontones ingleses, que cree que la Inglaterra de 1863 es la misma de 1815.

Por otra parte, el Sr. conde de Reus, sin explicar su conducta, ha hablado mucho de su hoja toledana..... (*Risas*). Siento que la haya vuelto á la vaina antes de haber vengado los agravios que la España puede reprochar á México hace tanto tiempo. (*Risas*). Por lo demás, el tirano mixicano ha visto brillar la espada de Magenta y Solferino, ha oido el eco de aquel cañon que el almirante Baudin hizo resonar en San Juan de Ulúa, y pronto obtendrá la Francia una justa satisfaccion. (*Muy bien!*)

Para concluir, añadiré que hubiera deseado que la comision del senado, para expresar más explícitamente su aprobacion á la expedicion de México, hubiese añadido un párrafo concebido en estos términos: "La Francia se debia á sí misma proseguir el logro de las reparaciones legítimas que el gobierno del emperador habia pedido á México."

M. de Forcade de la Roquette: Sentiria yo que las palabras del Sr. marqués de Boissy y del Sr. general Husson no fuesen, ante el senado, objeto de una enérgica protesta. No me esplico, sobre todo, la persistencia del Sr. marqués de Boissy, en suscitarse pasiones que á nuestro honor conviene dejar en el olvido. (*Aprobacion*).

Esos sentimientos no son los del senado, no son los del país. Los sentimientos del país han sido expresados de una manera tan elevada como brillante por el emperador, y esto me excusa de insistir más en este punto. Sólo con este lenguaje puede contestarse á pasiones que ya no son de nuestro tiempo.

No es verdad, como decia el Sr. marqués de Boissy, que la Francia y la Inglaterra no puedan coexistir la una á lado de la otra. Por el contrario, su coexistencia corresponde á ideas diferentes, y hace honor á la civilizacion. La Inglaterra representa sobre todo la liberal, á la que está más amoldada que nosotros, y la Francia representa la igualdad que falta á la Inglaterra. La representacion de estas ideas es necesaria á la vez á la grandeza de los dos países y al progreso de la civilizacion. (*Muy bien!*)

Sin más debate se procede á la votacion, y el párrafo 6.º queda aprobado.

No hay duda en que el senado francés ha ilustrado muchísimo la cuestion mexicana. Napoleon debe haber quedado sobremodera complacido. La elocucion decae en